

Sumario

Esta reflexión sobre Ecclesia in America, del Cardenal Jean-Claude Turcotte, arzobispo de Montreal y Presidente de la Conferencia Episcopal de Canadá, centra su atención en uno de los fundamentos de la doctrina social cristiana: la solidaridad como criterio evangélico para fomentar la unidad en la Iglesia de América, ante la profunda diversidad y pluralidad cultural del Continente americano. Un reto que sin lugar a dudas, los cristianos debemos enfrentar.

La solidaridad en la Iglesia de América.

**Reflexión sobre la
exhortación apostólica
*Ecclesia in America***

Card. Jean-Claude Turcotte

*Arzobispo de Montreal y presidente de la Conferencia
Episcopal de Canadá*

Un punto particular, la solidaridad

1. Su Santidad, el Papa *Juan Pablo II*, vino al continente americano a entregar la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America* -en adelante citada IA- que es el fruto maduro de un largo trabajo de consultas, de reflexión y de intercambio de puntos de vista, escalonado sobre los períodos de preparación, de desarrollo y sobre las consecuencias de la Asamblea sinodal. Hemos leído con gran satisfacción este documento, claro y sencillo, que vuelve a tomar el tema mismo de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para América, que refleja con fidelidad el conjunto de las proposiciones votadas por los Padres del Sínodo. Tenemos en las manos un texto que nos describe, de manera sucinta y precisa, "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de *Cristo*" (*Gaudium et Spes* 1) del continente americano y nos propone métodos pastorales para tomarlos en consideración. No pretendo presentar un estudio pormenorizado de la Exhortación, me limitaré a un punto particular que retuvo mi atención: *La solidaridad en la Iglesia de América*.

División: tres puntos principales

2. La solidaridad, que nuestra Iglesia debe practicar cada vez más, supone un fundamento común, o una cierta *unidad*. Por otra parte, la ayuda que se da al otro, con el conjunto de recursos y necesidades que ello implica, habla ya de *diversidad*. En una palabra, la *solidaridad* concreta que la Iglesia tiene como misión infundir, comporta características propias y se ejerce según modalidades especiales.

La unidad del continente americano

3. La solidaridad de la Iglesia en América se inscribe dentro de la lógica misma que vivimos en la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos. En efecto, este Sínodo depende, en primer lugar, de la dimensión continental de la Iglesia, que Su Santidad, el Papa *Juan Pablo II*, ha honrado sistemáticamente desde el Sínodo de África de 1994. Pero este Sínodo es sobre todo la afirmación decidida, sorprendente al principio para muchos, de la unidad de todo el continente americano a los ojos de la Iglesia. El Santo Padre ha querido que el Sínodo vea en América "como una realidad única" (IA 5). "Después de 12 días de Sínodo -ha dicho uno de los Padres en una reunión plenaria-, juntos nos embarcamos sobre una gran carabela, comprendemos mejor lo justo de la visión del Papa. Como un nuevo *Cristóbal Colón*, *Juan Pablo II* nos hizo descubrir que, si bien siempre hay Américas, existe también una América que las engloba a todas y que va emergiendo cada vez más claramente de las brumas de la historia". Después, al término de la experiencia del Sínodo, uno de nuestros obispos canadienses estimaba "que había sido necesario ir a Roma para redescubrir América", la América en singular, como continente. La *unidad* del continente americano, que el Sínodo permitió abarcar y profundizar, se manifiesta, por lo menos, de tres maneras diferentes:

- a) En primer lugar, tenemos la *identidad cristiana* de un continente que debe en buena parte su nacimiento y su desarrollo al designio de difundir el Evangelio. "Fruto de la evangelización, que ha acompañado los movimientos migratorios desde Europa, es la fisonomía religiosa americana, impregnada de los valores morales que, si bien no siempre se han vivido coherentemente y en ocasiones se han puesto en discusión, pueden considerarse en cierto modo patrimonio de todos los habitantes de América, incluso de quienes no se identifican con ellos" (IA 14).

- b) La unidad del continente se debe al hecho de que América se constituyó a partir de la *inmigración* de casi todos los pueblos, que vinieron "con la esperanza de un futuro mejor" (cfr. IA 65), y que han conocido la condición común de tener que explorar el territorio, crear su hábitat y adaptarse a él, en síntesis, fundar un "nuevo mundo". Esta constante de la historia americana continúa, también hoy, en este movimiento que lleva a un gran número de latinoamericanos a establecerse en las regiones del Norte (cfr. IA 65). Esta migración se llevó a cabo, desgraciadamente en una buena parte, con la sumisión y el rechazo de los pueblos autóctonos, así como con la importación y la explotación de poblaciones africanas. Sin embargo, no deja de ser cierto, en buena medida, que la población de nuestros países respectivos es el resultado de migraciones sucesivas.
- c) La unidad se debe todavía a la *comunidad del territorio*. El descubrimiento *psicológico* de esta unidad territorial se hizo progresivamente de Este a Oeste, puesto que los primeros grupos de colonos permanecían atados, en ese entonces, a su madre patria europea. La comunidad Norte-Sur está ligada a la madurez y a la autonomía de los pueblos de América. Puede afirmarse que después de la historia se descubrió la geografía.
- d) A nivel *económico* se ha tomado menos tiempo en descubrir esta unidad territorial. En este continente, con recursos inmensos y extremadamente diversificados, los intercambios de bienes y servicios no esperaron los tratados de libre comercio (NAFTA, LAIA y ALENA). Aquí hay que señalar también que no siempre esta comunidad se ha instaurado en el respeto y en la equidad, pues las regiones del Norte han abusado, en cierta manera, de su superioridad en materia de organización y, es necesario decirlo, han utilizado frecuentemente las fuerzas armadas.

La profunda diversidad del continente

4. A esta unidad territorial de América le acompaña *una profunda diversidad*, "considerando la enorme desigualdad entre el Norte y el Sur" (cfr. IA 2); las dos partes del continente han sido "tan diferentes por su origen y su historia", al igual que en el plano de las relaciones económicas internacionales. He aquí algunas de nuestras diferencias que nos invitan a la comunión y a la solidaridad:

a) *En el plano espiritual*, tanto en América, como en el mundo entero, el programa evangelizador hoy "debe diversificarse según dos situaciones claramente diferentes: la de los países muy afectados por el secularismo y la de aquellos otros donde 'todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana'. Se trata, sin duda, de dos situaciones presentes, en grado diverso, en diferentes países o, quizás mejor, en diversos ambientes concretos dentro de los países del Continente americano" (IA 16). "Una característica peculiar de América es la existencia de una piedad popular profundamente enraizada en sus diversas naciones. Está presente en todos los niveles y sectores sociales. Los Padres sinodales han subrayado la urgencia de descubrir, en las manifestaciones de la religiosidad popular, los verdaderos valores espirituales, para enriquecerlos con los elementos de la genuina doctrina católica, a fin de que esta religiosidad lleve a un compromiso sincero de conversión y a una experiencia concreta de caridad" (IA 16). En este campo, el Norte, fuertemente secularizado, tiene mucho que aprender o que volver a aprender del Sur.

b) Las enormes diferencias entre el norte y el sur, de las cuales habla la exhortación apostólica, afectan la vida civil en sus diversos *aspectos*: económico, social, político y cultural. *Las diferencias de orden económico* entre regiones con economía primaria que viven principalmente de la exportación de los productos de la agricultura y de la ganadería, frente a regiones fuertemen-

te industrializadas en las que la acumulación de capital ha hecho prosperar en el orden del comercio y de las finanzas. *Diferencias de carácter social*, donde se encuentran grandes contrastes, frecuentemente en el interior de un mismo país, entre trabajadores poco remunerados y las élites empresariales y cultivadas, las cuales han aprovechado la industrialización de manera casi exclusiva. *Diferencias políticas*, por una parte, entre países en los cuales el Estado de derecho y las costumbres democráticas han formado instituciones estables y, por otra, los países donde las clases privilegiadas se han opuesto frecuentemente con todas sus fuerzas a los cambios políticos, aprovechando la instauración de dictaduras y han preparado así guerras civiles. Finalmente, *diferencias de orden cultural* entre numerosos países que han importado la lengua de su madre patria, sin mencionar las diversas lenguas de los pueblos autóctonos. Desde esta perspectiva, basta con referirse a la experiencia de la Asamblea Especial del Sínodo para recordar en qué proporción las cuatro lenguas -español, portugués, inglés y francés- han estado en vigor.

La misión de la Iglesia: infundir un espíritu de solidaridad

5. La Iglesia considera un deber ineludible unir espiritualmente, más todavía, a todos los pueblos que forman este gran continente y, al mismo tiempo, en el marco de la misión religiosa que les es propia, "infundir un espíritu solidario entre todos ellos" (Juan Pablo II, *Discurso en Santo Domingo*, 12.X.92). Esta solidaridad, que la Iglesia tiene como misión de infundir en América, presenta características completamente propias. Es una *exigencia de la identidad cristiana* del continente. La relación Sur-Norte, no siendo menos importante que el movimiento Norte-Sur, está *bajo el signo de la reciprocidad*. La solidaridad lleva impresa en ella misma la huella de una especie de *globalidad*, puesto que se extiende, a la vez, a la acción pastoral de la Iglesia

y a la influencia que la Iglesia puede ejercer, en el interior de su misión espiritual, sobre la vida social de los pueblos. Subrayemos más algunas de las características de la solidaridad.

a) “La conciencia de la comunión con *Jesucristo* y con los hermanos; que es, a su vez, fruto de la conversión, lleva a servir al prójimo en todas sus necesidades, tanto materiales como espirituales,... ‘la solidaridad es fruto de la comunión que se funda en el misterio de Dios Padre, Hijo y trino, y en el Hijo de Dios encarnado y muerto por todos. Se expresa en el amor del cristiano que busca el bien de los otros, especialmente de los más necesitados’” (IA 52). Es normal que la solidaridad desempeñe de lleno un papel en un continente tan profundamente marcado por la fe cristiana. Tanto más que la solidaridad norte-sur, que une a dos hemisferios del universo, debe ejercerse en primer lugar y, en concreto, entre el norte y el sur, que nos son propios, los de nuestro continente.

b) La solidaridad no funciona en un solo *sentido* en la Iglesia de América: sube del sur al Norte, tanto como baja del norte al sur. De esta manera, como ya lo hemos mencionado, la vitalidad del sentido religioso de las regiones del Sur puede afirmar y, en cierta forma, inculturar la fe de los países del norte, cuya secularización marca seriamente la mentalidad, el comportamiento y las instituciones. Por esta razón, es importante recordar los frutos obtenidos de la experiencia de más de 30 de las 75 diócesis de Canadá que, a partir de 1959, han enviado sacerdotes a Latinoamérica: Esta colaboración, en efecto, ha permitido a estos sacerdotes y a sus compatriotas descubrir, bajo una luz más viva, el sentido de la misión universal de la Iglesia, la fuerza del Evangelio cuando es aplicado a la vida concreta, la importancia de comunidades cristianas fraternas, la autenticidad evangélica de la opción preferencial por los pobres y del compromiso por la justicia social.

Por otra parte, los inmigrantes venidos de Guatemala y de El Salvador, por ejemplo, se han destacado en Canadá como auténticos misioneros, plenamente incorporados a la Iglesia de su país de adopción. Recíprocamente, los sacerdotes del norte, han ayudado a los pastores del sur, desbordados por el número de fieles y las necesidades de la misión. Un gran número de religiosos y religiosas se han entregado, hace ya mucho tiempo, al servicio de sus hermanos y hermanas del sur en tareas de educación y cuidados de salud. Las comunidades del norte se han abierto a la inmigración, acogiendo a personas y familias que se han vuelto, en ciertos casos, una parte considerable de la población (cfr. IA 65). Los países del norte, recientemente y con mucha generosidad, ayudaron a regiones del sur afectadas por calamidades naturales.

c) La solidaridad, como se puede ver, toca todos los aspectos de la vida de la Iglesia en América. Las diferencias y los contrastes, tan marcados y tan numerosos que hemos detectado, reclaman complementariedad y solidaridad; y confieren a esta última un carácter de *globalidad*. La solidaridad desempeña un importante papel en el plano fundamental de la comunión eclesial. Conjuntamente con las Conferencias Episcopales, las Iglesias particulares son llamadas a trabajar y a poner en común sus experiencias, sus reflexiones y sus proyectos, intercambiando entre ellas, ocasionalmente o de manera permanente, un cierto número de colaboradores. Los campos que se deben privilegiar, opinó el Sínodo, "son las comunicaciones pastorales mutuas, la cooperación misional, la educación, las migraciones, el ecumenismo" (IA 37). Pero, del misterio de comunión que es la Iglesia, "deriva para las Iglesias particulares del Continente americano el deber de la recíproca solidaridad y de compartir sus dones espirituales y los bienes materiales con que Dios las ha bendecido, favoreciendo la disponibilidad de las personas para trabajar donde sea necesario. Partiendo del Evangelio se ha de promover una cultura de la solidaridad que

incentive oportunas iniciativas de ayuda a los pobres y a los marginados, de modo especial a los refugiados, los cuales se ven forzados a dejar sus pueblos y tierras para huir de la violencia. La Iglesia en América ha de alentar también a los organismos internacionales del Continente con el fin de establecer un orden económico en el que no domine sólo el criterio del lucro, sino también el de la búsqueda del bien común nacional e internacional, la distribución equitativa de los bienes y la promoción integral de los pueblos" (IA 52).

Conclusión: encontrar a Jesucristo

6. Para la Asamblea especial del Sínodo de los obispos para América y para la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, que ha recogido los frutos, surge la convicción de que la Iglesia en América tiene *una vocación a la solidaridad*, al beneficio del continente, en primer lugar, pero también del mundo entero. "Gracias a un eficaz trabajo de integración entre todos los miembros del pueblo de Dios en cada país y entre los miembros de las Iglesias particulares de las diversas naciones, las diferencias de hoy podrán ser fuente de mutuo enriquecimiento... 'es de gran importancia que la Iglesia en toda América sea signo vivo de una comunión reconciliada y un llamado permanente a la solidaridad... Esta es una aportación significativa que los creyentes pueden ofrecer a la unidad del Continente americano" (IA 32). Extendiendo su mirada al conjunto del mundo, la exhortación apostólica continúa: "La Iglesia en América está llamada no sólo a promover una mayor integración entre las naciones, contribuyendo de este modo a crear una verdadera cultura globalizada de la solidaridad, sino también a colaborar con los medios legítimos en la reducción de los efectos negativos de la globalización, como son el dominio de los más fuertes sobre los más débiles, especialmente en el campo económico, y la pérdida de los valores de las culturas locales en favor de una mal entendida homogeneización" (IA 55).

En una palabra, la compleja realidad social de este Continente es un terreno fecundo para el análisis y la aplicación de los principios universales de la doctrina social de la Iglesia (cfr. IA 54) cimentada sobre "las tres piedras angulares fundamentales de la dignidad humana, la solidaridad y la subsidiariedad" (IA 55). Esta vocación a la solidaridad no puede ejercerse sin la fuerza transformadora que tienen los encuentros con *Cristo* vivo, ya que abren un auténtico proceso de conversión, comunión y solidaridad" (cfr. IA 8). "Un encuentro renovado con *Jesucristo* hará conscientes a todos los miembros de la Iglesia en América de que están llamados a continuar la misión del Redentor en esas tierras" (IA 7). "El encuentro personal con el Señor, si es auténtico, llevará también consigo la renovación eclesial: las Iglesias particulares del Continente, como Iglesias hermanas y cercanas entre sí, acrecentarán los vínculos de cooperación y solidaridad para prolongar y hacer más viva la obra salvadora de Cristo en la historia de América. En una actitud de apertura a la unidad, fruto de una verdadera comunión con el Señor Resucitado, las Iglesias particulares, y en ellas cada uno de sus miembros, descubrirán, a través de la propia experiencia espiritual que el 'encuentro con *Jesucristo* vivo' es 'camino para la conversión, la comunión y la solidaridad'. Y, en la medida en que estas metas vayan siendo alcanzadas, será posible una dedicación cada vez mayor a la nueva evangelización de América" (IA 7).

Dirección del autor:

90 Avenue Parent

Ottawa, ONT.K1N7B1

Canadá